

# El ojo del cíclope

Cada domingo, durante veinticinco años, Victoriano Masdéu se encerró en la habitación secreta de una vieja casa artesonada de la calle Trocadero. Aquella parte de la capital cubana es conocida como La Habana Vieja. Para otros no es más que la antigua ciudad de intramuros, la ciudad de sombras.

La habitación no mide más de diez metros cuadrados. Por ventana tiene un tragaluz angosto que aunque no ilumina lo suficiente al menos ventila. Sus paredes son ásperas, inacabadas, pero escudan sabiamente del bochorno tropical, y de ellas penden candelabros de gancho retorcido con gruesas velas de sebo. Durante tres generaciones el cuarto fue un secreto que sólo pasaba de padre a hijo. Luego, finalmente, decidieron contarle al resto de la familia. Podían conocerla

porque los temores corsarios por los cuales fue creada estaban empolvados desde tiempo atrás: la isla era un tranquilo y prometedor emporio turístico. Así, expuesta ante todos, sin secreto, la habitación volvió gradualmente a desaparecer. Sólo cuando surgieron los primeros movimientos revolucionarios y el país se volvió incierto, Victoriano Masdéu advirtió a la familia y a sus amigos que no hablaran de la habitación con nadie. Fue un secreto vociferado con cierta complicidad fiel, pero nunca llegó a salir del círculo íntimo del cual Victoriano pasó a ser su centro.

Una noche, Victoriano invitó a sus antiguos camaradas del colegio San Bernardino para festejar un año más de la promoción. Pero uno de los invitados y amigos, Carlos Cowley, no seguía el ánimo de la celebración. Sabía del reducto y estaba inquieto. Al terminar la cena, Cowley llevó aparte a Victoriano, sacó de su bolsillo un diminuto objeto envuelto en un pañuelo y se lo entregó.

—Guárdalo donde no puedan encontrarlo —le dijo a Victoriano—. Es de mucho valor. Anita, mi mujer, no sabe que lo tengo. Podrá servirle para cuando ella necesite dinero para irse de la isla. Yo me voy mañana.

Sorprendido, Victoriano no se lo comentó a nadie esa noche. Decidió guardarlo en la habitación, ya que no tenía ningún uso. Tres días después se hablaba en La Habana de la fuga de Carlos Cowley. Al cuarto día, encerrado en la habitación y a solas, Victoriano abrió el pañuelo. Encontró un reloj de bolsillo

con leontina de oro, marca Breguet, montado en una caja de oro y con incrustaciones de ónix y diamante. El reloj era una joya por los materiales empleados como por su artesano y su primer dueño, tal como rezaba la inscripción: *faite par Breguet pour m. le Duc d'Orléans en 1.780*. Pero Victoriano no se dio cuenta del valor del encargo hasta que se lo dijera su vecino, que era a la vez su mejor amigo y uno de los hombres más cultos de la isla. Así fue como, al quinto día de la fuga de Cowley, entró a la habitación de la casa Masdéu el poeta Luis Leoncio Luna.

—Los relojes de Breguet —le explicó Leoncio Luna con su opresiva respiración asmática— fueron ya en su tiempo falsificados muchas veces. Por tal motivo la mayor parte de los Breguet genuinos muestran, aparte de la signatura normal, un signo particular trazado según un procedimiento secreto y solamente reconocible bajo cierta iluminación, y además, casi siempre, una numeración registrada.

Verificaron. En efecto, al colocarlo oblicuamente y con la luz de las velas, hallaron el signáculo.

—Me temo, Victoriano —sentenció Leoncio Luna— que usted está en la singular fortuna de poseer uno de los objetos más codiciados y que más rivalidad despierta entre los coleccionistas internacionales de hoy en día. Sin embargo, un poco aparte de la pieza, me inquieta la conjunción del ónix y el diamante. Son piedras con virtudes contrapuestas. La primera infunde miedo a quien la posea. La segunda da valor. Es un extraño equilibrio zoroástrico.

Victoriano, ajeno a las disquisiciones inexpugnables de Luis Leoncio Luna, le contó cómo llegó el reloj a sus manos y le pidió que no se lo revelara a nadie. El poeta asintió con una sonrisa.

Pero el Breguet fue apenas el comienzo. Luego llegó un diminuto dragón Pi-Hsieh, arcaico amuleto de jade rojizo de la dinastía Han, y que servía, según la creencia china, para espantar a los espíritus demoníacos. El Pi-Hsieh no tenía más de trece centímetros de alto, pero venía en una caja de mármol cinco veces mayor que hacía de templo para el amuleto. Su dueño, otro amigo de Victoriano, le advirtió que el amuleto y la caja no debían separarse. Como no podía llevárselo, le pedía que lo guardara para cuando volviera a la isla. El coleccionista accedió. Pero lo hizo sin ninguna alegría: dos de sus mejores amigos partían casi al mismo tiempo. Un presentimiento le decía que no los volvería a ver.

Así empezaron a llegar más objetos de todos los tamaños y tipos, y más de uno por cada amigo o recomendado que conocía ese depósito fiel y seguro de la calle Trocadero. Arribaron un reclinatorio y una mecedora de esterilla Fischer hechos en Bohemia, tres estatuillas egipcias shawabti de madera de cedro con retoques dorados, un arbusto con pajarillos vivaces hechos en coloridos y estáticos vidrios de Murano, un reclinatorio mexicano con un entalle escondido de la Malinche, veintisiete copas de cristal del Mosser, un juego de té elaborado con plata peruana y de relumbro continuo, un

jarrón de marfil hindú con dos astas en forma de cabeza de elefante, una carpeta de artículos que José Martí escribiera en su estadía neoyorquina, un reloj de pedestal con la inscripción *Tempus Fugit*, tres cuchillos feroces...Las rarezas se sucedían sin fin. Nunca fueron rechazadas, salvo dos o tres voluminosas excepciones, como la de un músico que trajo un Pleyel de cola con teclas de alabastro. Seguramente suponía que la habitación secreta poseía dimensiones de fondo inagotable.

Desde aquellos días, Victoriano Masdéu y Luis Leoncio Luna compartieron cada detalle, cada novedad, cada historia de un incipiente museo que, poco a poco, fue aumentando para asombro del coleccionista y regodeo del poeta. Asombro porque Victoriano nunca hubiera imaginado que sus amigos y conocidos pudieran tener objetos de una índole tan multivaria y costosa. ¿Cómo habían ido a parar a Cuba el reloj del duque de Orléans y un amuleto de la dinastía Han? ¿Quién los había traído? Mientras Victoriano ahondaba en estas cuestiones y en la nostalgia de sus amigos, para Leoncio Luna no existía mayor satisfacción que recibir las sorpresivas invitaciones a descifrar los pormenores de cada nueva encomienda. Afinaba su curiosidad libresca diluyendo prodigiosos rayos de luz sobre las piezas de la habitación, de modo que su habla erudita las transparentaba, y deslumbraban la ignorancia del coleccionista. Así fue como las reuniones se concertaron ritualmente para los domingos. Victoriano limpiaba los objetos con fruición de numismático y repetía los datos curiosos de las casuales

enseñanzas de su amigo. Leoncio Luna contemplaba placentemente las antiguallas y evocaba otras de su propia familia. De cuando en cuando, fabulaba sin reticencias sobre la pieza de turno que Victoriano desempolvaba y pulía, mientras impregnaba con el humo de sus cigarros los breves metros cuadrados de la habitación.

Cuba quedó más aislada. El tiempo se detuvo a lo largo de sus costas de esplendor. Luis Leoncio Luna alcanzó fama continental por sus libros, pero era una fama triste, y el coleccionista incrementó en un número de diez mil objetos la atestada y casi intransitable habitación. También creció, aunque en medidas sin referencia real, la nostalgia de Victoriano. Conforme iba creciendo su museo privado y no recibía noticias de sus amigos dispersos por Estados Unidos, México y Europa, creyó imposible el reencuentro. Hasta pensó en irse de la isla. Más que su familia, lo detenía en anclaje la responsabilidad de los encargos de sus amigos. Luis percibía el estado de Victoriano, aunque nunca le preguntó nada. Ambos compartían la condena de no salir jamás de Cuba, tanto el coleccionista para encontrarse con sus amigos, como el poeta para vencer su retraimiento con la fascinación de otros paisajes y el regocijo de una fama tardía.

—No podremos irnos de Cuba —sentenció Luis—. *La Ananké, la fatalidad está ahí, con su ojo fijo de cíclope.*

Y era la verdad. Luis Leoncio Luna, el amigo y vecino y gran poeta barroco murió dos años después de una deficiencia

cardíaca. Una semana antes le había entregado a Victoriano los manuscritos de varios libros de poemas, publicados e inéditos. El coleccionista se extrañó tanto como aquella primera vez con Carlos Cowley. Le preguntó ingenuamente si se marchaba del país. Luis le respondió con una sonrisa de mandarín pero sin el aliento exaltado:

—Me voy a la Última Thule, querido Victoriano.

Como siempre, Victoriano no entendió en un primer momento la referencia erudita de su amigo. Pero cuando escuchó el alboroto lóbrego que se armó en la casa vecina por los estertores del poeta, un ramalazo inclemente lo atormentó hasta traducirle, borrosas, certeras, las resonancias de lo que significaba la Última Thule.

Cada vez más solo, el coleccionista continuó encerrándose ritualmente los domingos. Limpiaba las joyas, conservaba las reliquias y merodeaba en sus recuerdos, colocándolo todo en un hacinamiento furtivo que le servía para afianzarse en desorden a un mundo cifrado en el pasado. Nunca supimos cómo se sentía frente a la memoria de quienes pusieron en sus manos aquellos objetos. Creyó en herederos y viudas repentinas que vendrían a agradecerle su fidelidad, y ese solo gesto habría bastado para compensar los años de silencio aventurado compartidos con su amigo. Pero sólo Anita Cowley fue a retirar el Breguet, al apuro y sin reminiscencias.